

Una semana en el río Cayapas, provincia de Esmeraldas (Ecuador)

Hemos estado una semana exacta, 33 personas: Aitor, Edurne, Irlanda y yo, de Adsis (con Fernanda también de animadora) y el resto estudiantes de la Pucese (la Universidad Católica que animamos en la capital), la mitad de ellos de enfermería. La experiencia es un campamento-misión en la frontera norte de Esmeraldas con Colombia, con el conflicto al fondo.

El día que llegamos, lunes 25 de febrero, fuimos en bus hasta Borbón, tres horas desde la capital, hacia el norte y por la costa. Es la base de donde salen todas las canoas al Cayapas y Onzole, el último lugar comunicado por tierra... cuando estás de regreso diríamos que es el primer lugar civilizado. Llegamos a la Misión, un lugar muy húmedo y verde, centro de operaciones de la parroquia. Celebramos una Eucaristía de envío y descansamos del ajetreo del primer día.

El martes 26 nos dividimos en dos grupos parejos y embarcamos. Una hora río arriba quien iba a San Miguel (con los *Negros*) y una hora río abajo quien íbamos a Pichiyacu Chachi (con los *Cayapas*). La llegada fue bonita, nos esperaban con curiosidad estos indígenas, encabezados por sus guías y catequistas católicos. Uno de ellos nos acompañó toda la semana y otro prestó su casa para que cocináramos y comiéramos a cubierto. El agua no era corriente, así que todos bebimos agua de lluvia hervida y nos lavamos en el río. Nos alojaron en las escuelas, en lo más alto del poblado, que eran sólo aulas y algunas sillas de plástico. Un wc para los 17 y el agua de la lluvia en un bidón para su limpieza...

El trabajo nuestro aquí fue de tres tipos: mayoritariamente escolar, de refuerzo al aprendizaje (los niveles son bajos) en matemáticas y lenguaje, con la inestimable dirección de Irlanda, pedagoga enamorada de su profesión y de los niños. Los jóvenes Chachis aprendieron guitarra y las madres recibieron 4 charlas básicas de salud de nuestras estudiantes de enfermería. Esto fue interesante, ya que la mujer aquí es la esclava que hace todo y debe callar siempre. Las jóvenes, que han salido afuera y ven la tv, ya son más abiertas y sociables. Nos fuimos dando cuenta de la vida indígena, nada romántica hoy como en los documentales, y bien jodida por sobrevivir en el mundo civilizado...

El sábado 1 de marzo, en la tarde hicimos juegos en la fiesta final para niños y también hubo partidos de fútbol por sexos, muy concurridos de público que rió a gusto viendo a los de la ciudad perder ante jugadoras locales descalzas. Y en la noche fue el acto de despedida, medio solemne, en el bar también. Con palabras de los profesores del lugar, que dieron su discurso, se excusaron de las carencias y pidieron a la Universidad ayuda.

Y ya el domingo me sorprendí bonito, me habían encargado hacer la Misa de mañanita, antes de partir en canoa. Y se llenó la capillita de jóvenes parejas, muy arreglados todos, que se están formando para bautizar y casarse en Pascua, en la gran fiesta indígena donde se reúnen río abajo los de todos los poblados. Fue Misa bonita y disfruté de su bondad natural. Hicimos cantos y el Padrenuestro en Chapalachi, su lengua, que les gustó mucho. Me fui con bonita imagen de ellos, esperanzadora. Retornamos todos a Sta María, nos bañamos con agua de aljibe y jarras, un gusto, y comimos los restos. Descansamos un poco poniendo en común lo vivido y haciendo evaluación seria.

Y el lunes 3 a las 5am, antes de amanecer, cargábamos las canoas para descender el río. Bonito ver amanecer embarcados y desde el centro del cauce. Llegamos al recibimiento de la civilización que es Borbón y tras 8 horas de viajes pudimos



comer en casa: llegamos malolientes, sucios, cansados y hambrientos. Unos días después, olvidadas las incomodidades, vamos dando gracias de todo lo vivido...

*Pedro Jiménez
(Esmeraldas, 2008)*